

presenta la Iglesia en Alemania. En este sentido, constituye una novedad respecto a las soluciones aplicadas hasta el momento presente. En concreto, el obispo-teólogo declara mostrarse en continuidad con la línea reformista planteada por los papas Benedicto XVI y Francisco, si bien aplicada a su propia Iglesia local y no sólo a la curia romana. En concreto, establece en primer lugar un diagnóstico de la situación de la Iglesia en tierras alemanas: «erosión de la fe», el peligro de la «mundanización» (*Verweltlichung*), la sobrevaloración de las estructuras, el descuido de los sacramentos de la eucaristía y la penitencia, la falta de vocaciones sacerdotales y la urgencia de una nueva evangelización (cfr. pp. 99-100). En este sentido, llama la atención la decisión con la que habla contra una Iglesia en la que la pobreza ha sido olvidada y donde la abundancia de medios económicos ahoga el necesario espíritu misionero que debería tener.

Para aplicar un tratamiento adecuado sugiere la fórmula ya planteada por Benedicto XVI en su viaje a Alemania en 2016 (especialmente en el discurso de Friburgo, dirigido a las distintas asociaciones católicas germanas), e insistentemente recordada por

el papa Francisco a lo largo de su pontificado. En concreto, al hacer una enumeración de los posibles problemas, sigue la famosa lista de enfermedades propuesta por el papa argentino en 2015 (cfr. pp. 117 ss.). En este sentido, la única solución definitiva –hacia la que deben tender todas las demás– sería la santidad vivida en todas sus exigencias y virtudes. Como ya dijo san Juan Pablo II igualmente en tierras alemanas, «los verdaderos reformadores son los santos». Así, por ejemplo, con respecto a la conmemoración del quinto centenario de la ruptura de Lutero con Roma que se celebra en 2017, propone un decidido y abierto diálogo en la verdad y el amor, sin dejarse llevar por las prisas o el mero sentimentalismo (cfr. pp. 165-179). Aborda en fin todas las cuestiones morales de la situación de las modernas sociedades occidentales, con una actitud de respeto y diálogo, pero también con prudencia y una adecuada intervención hacia situaciones que pueden considerarse patológicas o poco saludables. El tono general no es sin embargo pesimista o quejoso, sino que muestra una esperanzada y alegre mirada al futuro también en Alemania.

Pablo BLANCO

Charles J. CHAPUT, *Strangers in a Strange Land: Living the Catholic Faith in a Post-Christian World*, New York: Henry Holt and Company, 2017, 271 pp., 15 x 22,5, ISBN 978-1627796743.

Strangers in a Strange Land (*Extranjeros en Tierra Ajena: Viviendo la Fe en un Mundo Post-Cristiano*) es el libro más reciente de su excelencia Charles Chaput, arzobispo de Filadelfia. Se trata de una exposición realista y profunda de la crisis de fe en los tiempos contemporáneos y de la respuesta que los cristianos ofrecemos.

El arzobispo es autor de otros dos libros de gran resonancia. El anterior es

Render Unto Cesar (*Dad al César: Servir a la nación ejerciendo nuestras creencias católicas en la vida política*).

A lo largo de doce capítulos, Chaput explica la realidad en la que se vive en los Estados Unidos de Norteamérica y, por extensión, en el mundo occidental. El cristiano se encuentra como dice el texto del Éxodo (2,22): «Ésta le dio un hijo al que puso por nombre Guersom, porque dijo:

“Extranjero soy en tierra ajena”». En este valioso ensayo se hace eco de San Agustín (La Ciudad de Dios) y de otros grandes santos y autores como el Beato John Henry Newman, los recientes papas, Dostoievski y Vaclav Havel.

Chaput hace un detenido análisis del trasfondo histórico de los Estados Unidos que, en pocas palabras, se puede resumir en el experimento de la democracia basado en un acuerdo tácito entre la fe cristiana y el pensamiento del siglo de las luces (sin la agresividad característica que hay en Europa). Para esto se basa en las observaciones de muchos y, de modo especial, en las del francés Alexis Tocqueville, quien visitó los Estados Unidos a principios del siglo XIX para estudiar el experimento norteamericano.

Una de las ideas que elabora Chaput es la noción moderna y actual de progreso inexorable. Esta noción superficial, que ignora la realidad del pecado, la vida de la gracia y la bienaventuranza final, está ya arraigada en la sociedad. Esta idea de progreso es el fruto de una religión secularizada (pp. 156-158); como consecuencia, la sociedad está aboca a la desesperación. Por el contrario, el cristiano vive de esperanza en Dios.

La verdad sobre la sexualidad humana y la familia aparece recurrentemente en el libro, en el cual se resalta el poder que ejercen la opinión pública y las encuestas en la democracia. Los medios de comunicación nos manipulan, del mismo modo que el gobierno con sus supuestos expertos en ciencias sociales, equivalentes a los nuevos sacerdotes en el mundo secularizado. El autor examina las tácticas, adelantadas por Saúl Alinsky en 1971 (*Rules for Radicals*), las cuales, mediante un activismo comunitario semejante al marxismo, que ha guiado el activismo político de corte liberal en los Estados Unidos, buscan el poder mediante la humillación de la oposición (pp. 164-165, 178). Contrastan con este planteamiento las bienaventuranzas de Jesús, que nos llevan a un auténtico estilo radical de vida.

Chaput, sacerdote franciscano, toma pie de las palabras de Jesús a san Francisco —«Construye mi iglesia»— para titular un capítulo. Comienza explicando varios males presentes en la Iglesia, entre ellos el clericalismo, por el cual los laicos abdican de sus responsabilidades. Y explica su parecer de que la Iglesia del futuro será una iglesia «más pequeña y más pobre... más fuerte, más creyente, una Iglesia explícitamente más misionera» (p. 188). Como decía el obispo John Colet, contemporáneo de santo Tomás Moro, a otros obispos, hace falta huir de la ambición, del confort y de la mundanidad, para reformar la iglesia *reformato sus propias vidas* (p. 203).

Una de las propuestas, y a su vez, a mi modo de ver, el capítulo más novedoso, es la presentación de la vida cristiana según la *Carta a Diogneto*, texto cristiano del siglo II. En ese escrito emblemático, el cristiano es aquel que da vida al mundo siendo lo que el alma es para el cuerpo. Por medio de nuestra oración y nuestro trabajo en el mundo, estamos llamados a ser testigos convincentes de Jesucristo. Como dice recientemente el escritor Rod Dreher, estamos llamados a ser «counter-cultural». En el mundo el cristiano, está llamado a ser sal y a dar luz. A lo largo de la historia esto exige una actitud clara y determinada ante el paganismo, confianza en Dios y espíritu evangelizador.

El libro de Chaput concluye con un capítulo titulado «La Ciudad del Hombre», recordando que el Dios creador es un Dios que ama al mundo y a los hombres, y que la belleza es una categoría cristiana fundamental que nos habla de Dios. En este capítulo, el autor plantea una pregunta que subyace a todo el libro: ¿Qué es el hombre?, y comenta que el hombre contemporáneo no es capaz de responder a esa pregunta porque no sabe quién es Dios (p. 242). Al mismo tiempo, Chaput dedica dos páginas a tratar sobre el demonio, y explica: «Si no creemos en el demonio, tarde o temprano no creeremos en Dios» (p. 233).

Podemos pensar en las palabras de G. K. Chesterton: acabaremos creyendo en todo menos en Dios. Finalmente, Chaput concluye, como san Agustín, que, si bien estamos hechos para la Ciudad de Dios, debemos pasar por la Ciudad del Hombre.

El tono de este libro es realista y, al mismo tiempo, es una invitación a vivir y actuar en el mundo llenos de esperanza cristiana y un desafío a involucrarse en la vida cívica (pública). Sin desdecir nada de esta obra, se echa de menos referencia a

san Josemaría Escrivá, con su preclara llamada a los laicos a transformar su ambiente familiar y laboral con la luz de Cristo, desafío que predicó extensamente desde 1928 hasta 1975. Con todo, mediante la abundante bibliografía y las acertadas observaciones, este libro presenta una visión clara del cristiano en el mundo y de su llamada a santificarlo con la mirada puesta en el cielo.

Juan R. VÉLEZ

Alister McGrATH, C. S. Lewis. *Su biografía*, Madrid: Rialp, 2014, 366 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 978-84-321-4393-9.

C. S. Lewis (1898-1963) es mundialmente conocido por sus «Crónicas de Narnia». Sin embargo, esta obra –compuesta por siete relatos– es tan sólo una parte –sin duda, altamente relevante– de su rica personalidad y del amplio rango de sus preocupaciones intelectuales y religiosas. De hecho, tres son las grandes coordenadas que es necesario tener en cuenta para conocer a fondo a Lewis: su actividad como escritor de «literatura popular», sus escritos de apologética y su trabajo intelectual en el área de la literatura inglesa. Alister McGrath, profesor en el King's College de Londres y nacido, como Lewis, en Belfast, asume, en este libro, el reto de, teniendo en cuenta esas tres coordenadas, contar la historia de cómo se configuró la mente de su biografiado, concentrándose en sus escritos. Esto lo lleva a cabo explorando la relación entre sus mundos exterior e interior, real e imaginario.

El caso de Lewis es ciertamente singular, ya que no sólo no ha caído en el olvido, como muchos habían preconizado, sino que en los últimos decenios ha renacido el interés por su persona y sus escritos.

McGrath intenta, con su libro, mostrar cómo alcanzó Lewis la fama y por qué la ha mantenido. Como método, el prolífico biofísico-teólogo, identifica los temas y los asuntos que más preocuparon a Lewis, con el objeto de ofrecer un análisis, más que una sinopsis de su vida. Para ello, recoge las aportaciones de los estudios anteriores, pero va más allá, intentando dar sentido a la gran cantidad de información que se tiene, incluida la aportada por la publicación de su extensa epistolografía, llevada a cabo por Walter Hooper, entre 2000 y 2006, y que consta de unas 3.500 páginas.

Lewis fue en su tiempo un «profeta sin ganas de serlo». Después de los años de la infancia y la juventud, abordados por McGrath bajo el epígrafe de «Preludio» (la infancia irlandesa, entre 1898 y 1908; la escuela en Inglaterra, entre 1908 y 1917; el año de guerra en Francia, 1917-1918), Lewis inició, en Oxford, su etapa de intelectual (1919-1927), que continuó durante tres años como *fellow* del Magdalen College (1927-1930). De los años 1930-1932 data su reencuentro con la fe cristiana, de la que McGrath propone unas fechas con-